

## El honor de los cochinos

Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios.

(Pedro Crespo en la Jornada I de «El Alcalde de Zalamea» de don Pedro Calderón de la Barca.)

¡Otra vez más, lector! Escribimos estas líneas no sin cierta esperanza—¿temor? ¿temor, no!—de que cuando aparezcan sea ya de agua pasada algo de lo que aquí digamos y del dominio público algo de lo que sugiramos. «Cierta esperanza...» Es decir, incierta y no mucha. Porque el estado de torpeza y de abyección en que ha caído la conciencia civil de España, parte por miedo—un miedo estúpido al caos,—y parte por el régimen despótico de clandestinidad y de secreto, ese estado es ya casi agónico. Y prosigamos, oigásenos o no.

Dicen que Maura dijo a Goicoechea que por muchos años que le queden de vida no serán los bastantes para despreciar a este gobierno—el que hace como que gobierna, sin gobernar, hoy 5 de enero, víspera del día de Reyes,—y Cierva dice que sólo respeta en Dato, en el Dato ése, la ancianidad, los años. ¡Luego ha tratado de explicarlo mejor, claro!

Y es que el servilismo no es lealtad, ni un sirviente es un servidor. Ni se sirve a la patria sometándose a los caprichos de sus peores enemigos. Hay un honor civil que es inalienable, y el que lo enajena se deshonra.

Ya se anuncia que Maura, Cierva, Romanones, acaso Alhucemas—queda fuera, claro, el plutocrático don Santiago, el del papelito de antaño y el papelote de hoyano—se unen para defender pura y simplemente la Constitución. Como en tiempos de don Rafael del Riego y de D. Cayetano Valdés y de Alcalá Galiano—¡cuán otros sus descendientes!—como en tiempos en que, bajo la invasión absolutista extranjera, la de los 100.000 hijos de San Luis, se luchaba, contra Fernando VII—sin pica,—por la independencia patria.

Hemos estado leyendo el relato de aquel «terriblemente memorable 11 de junio (1823)»—así le llama don Modesto Lafuente en el capítulo XV del libro onceno de su «Historia general de España»,—en que a propuesta de Alcalá Galiano se le declaró en las Cortes de Cádiz demente al rey Fernando VII. Y al comunicársele, para llevarle preso, de Sevilla a Cádiz, lo oyó sin inmutarse, y agrega el historiador: «O se alegraba de tener más agravios de que vengarse en su día...» Este sí que es terrible.



Y ahora, volviendo de aquella historia—no sin ecos del Himno de Riego en los oídos íntimos, del alma civil—a esta historia de hoy, parecemos que esos personajes monárquicos—¿monárquicos?—conjurados contra esta sombra de gobierno, contra este gabinete de títeres de palo—títeres del retablo de Maese Pedro, de Ginesillo, de Parapilla y consortes—están actuando en republicano. De ese que han dado en llamar el nuevo republicanism, cuyo alumbramiento se nos cuelga.

Dícese que durante las últimas elecciones generales de diputadas a Cortes, en cierto Palacio—¡muy incierto!—toda la ansiedad era por la marcha de la elección en Bilbao y en Tortosa. Entretanto, el que esto escribe, estébese sin ansiedad alguna, paseando por la carretera de Salamanca a Zamora, y recordando lo que hace unos años oyó, viniendo de Zamora a Salamanca, de ciertos labios. Lo oyó también don Lorenzo Domínguez Pascual, ministro entonces de I. P. y B. A. y hoy de Hacienda.

Y fué aquéllo—ya os lo hemos contado—de cómo cierto niño llamado a altos—y terribles—destinos solía entretenerse en una casa de campo en hacer saltar a unos cochinos por el aro, como se hace en el circo. Y dijo así: «Por cierto que una vez me dió uno de ellos con el hocico en la cara, y si yo fuese supersticioso y creyese en eso de la metempsicosis—¡colocó la papeleta—¿habría supuesto si era el alma de alguno de mis antepasados que había encarnado en aquel cochino y venía a saludarme. ¡Y uno que le oía, al sonreirse—jera de etiqueta!—tuvo que reprimir esta salida: «¡Sí, señor, su bisabuelo!»

No hemos ido al Parlamento, ¿para qué? Pero un triunfo mayor que el de haber ido—que en las condiciones actuales no habría sido triunfo—es para nos-

otros que se sepa que había quien temía, así, temía—¡oh el valor!—que fuéramos. ¡Recordáis aquella efigie que rodeada de la gracia de Dios jamás os mira de cara, sino os la vuelve y os presenta el oído izquierdo? Que creemos que es el que no oye.

Y eso de la efigie que no da la cara, que no tiene valor para mirar de cara, nos recuerda el pasaje evangélico «dad al César lo que es del César» y la ocasión en que lo dijo Nuestro Señor Jesús el Cristo.

¡Dad al César lo que es del César! Según el Cristo, la hacienda y acaso la vida, pero no el honor, no el alma. Y este pasaje evangélico es el que glosó nuestro Calderón, monárquico, pero cristiano, hombre y no lacayo, en la inmortal cuarteta con que encabezamos estas líneas. ¡Calderón de la Barca, un... cagatintas!

¿Cree el Presidente—que nada preside—del Consejo—que nada aconseja—de ministros—¡ni de alguaciles siquiera!—que tienen honor los cochinos cuando saltan por el aro?

Y volviendo a lo del relato que oímos—con nuestros propios oídos, ¿no es verdad, señor Domínguez Pascual?,—camino férreo de Zamora a Salamanca, ¿qué iría a decirle a aquel niño que en aquella casa de campo adiestraba cerdos a saltar por el aro, el cochino aquel de la metempsicosis que fué a saludarle? ¿qué recadito al oído? Y ¿quién era el metempsicetizado?

Continuaremos. Continuará este cagatintas—¡y a mucha honra!—comentando el valor de los que no saben dar cara y el honor de los cochinos que saltan por el aro.

Miguel de UNAMUNO.